



El vuelo de la mariposa

Némer Ibn El Barud es, sin duda, uno de los poetas más personales de la Argentina. Sus aforismos, o monosílabos —¿por qué no llamarlos simplemente poemas?—, son cada vez más leídos y comentados. En la semana anterior fue presentado su último libro bilingüe —en castellano y árabe—, “El vuelo de la mariposa”, otro capítulo de su obra.

“Gracias, muchas gracias por venir”, dice el poeta, a los amigos y admiradores que se acercan a saludarlo, a felicitarlo en la presentación del nuevo libro. Su humildad es tan conmovedora como su poesía. Y su poesía es tan profunda como su mirada.

Se llama Némer Ibn El Barud, y es, aunque parezca mentira, un poeta sanjuanino. Piel oscura, barba, 52 años, unos cuantos libros publicados: *Astroliquen*, *Monosílabos*, una trilogía temporal llamada “La mañana”, “La tarde”, “La noche”. Sus ojos negros y árabes, que atraviesan plácidamente el territorio de la superficialidad, emiten una mirada que llega muy adentro, hasta el exacto sitio que un gran poeta debe dominar a la perfección: el alma.

“Gracias...”, repite, mientras estampa sinceras dedicatorias en ejemplares de “El vuelo de la mariposa”, su última dolorosa culpa. Se trata de un libro chiquito, una joya en miniatura, escrito —e impreso— con devoción y amor por la palabra. Es bilingüe, en árabe y castellano. Una tirada asombrosa para el género, casi irreal: 5.000 ejemplares. Se sabe que la poesía no logra ubicarse en el mercado. ¿Cómo puede ser, entonces, que este ilustre árabe sanjuanino agote puntualmente sus ediciones? ¿Acaso porque la poesía árabe está de moda?

Ocurre que la poesía oriental cautiva fácilmente al lector occidental. Desprovista de retórica, de enumeraciones cuantitativas más o menos logradas, seduce de inmediato, y no solo por su belleza casi salvaje. Seduce, por ejemplo, su honda claridad, su limpieza filosófica, su mensaje perceptible; acaso se trate apenas de un consejo sabio, de una máxima o pregunta o sentencia o definición que nos ayuda, en definitiva, a contemplar el universo y contemplarnos. Y afortunadamente, tal poesía no se ve perjudicada, siquiera, por las agresiones de la moda. En Buenos Aires estuvo “de onda” la lectura de “El Profeta”, una módica propuesta de Kahil Gibrán, que agotó rápidas ediciones al punto de entusiasmar a varios editores piratas, que “profetizaron” hasta el hartazgo en los quioscos. Gibrán puede colmar suficientemente el apetito del lector “de onda”; quienes se interesen en obras menos epidémicas, podrán aventurarse con Omar Khayyan, o con Al-Mutanabbi, tal vez la figura máxima. Siempre es oportuno recordar la muerte de Mutanabbi, en el año 965, en medio del desierto, víctima de un asalto de beduinos salvajes. Murió defendiendo a sus mujeres, repartidas después entre los bedui-



Se llama Némer Ibn El Barud, pero es sanjuanino, y supo atrapar poéticamente el vuelo de la mariposa.

nos, quienes no se preocuparon por los manuscritos del poeta, que se perdieron en la arena.

Pero no estamos en el desierto. Estamos en la Galería del Este, Librería La Ciudad, en la presentación de “El vuelo de la mariposa”, del sanjuanino —hijo de árabes— Némer Ibn El Barud. Con su hablar pausado, seguro, el poeta agradece a la Providencia, “el calor de amigos, para un amigo”, agradece a su editor, el artesano Torres Agüero, al embajador de la República del Líbano, y al responsable de la versión árabe, profesor Abdala Adur. De inmediato, como si estuviera hablándole a su hermano, se dispone a leer sus sugerentes textos: “No desesperes por la perfección: Dios no ha terminado de crearte”. El lee en castellano, Abdala Adur en árabe. “Cuando te nazca un sueño haz del imposible su nodriza”. El público recibe extasiado, el poeta sigue, contemplativo, soñador: “Dios no se decide por el Apocalipsis porque aún no tiene con qué reemplazarnos”. Textos limpios, en apariencia simples, producto de una dolorosa investigación personal, de un desgarramiento y buceo en la experiencia, en la meditación, limitando entre el adentro y el afuera de cada ser humano. “Cuando te encuentres con la verdad, sé prudente: no despidas a la mentira”. Y ya que estamos con la verdad, recordemos para finalizar: “Del brazo de la duda, la verdad se siente menos descon-solada”.

Oberdan Rocamora